RELATOS DE MI INFANCIA EN CASTRILLO TEJERIEGO

por

SALVADOR SANCHO DEL VAL

INDICE

1. Mi madre y el campo.

2. Mirando el cielo. Rogativas a la Virgen

3. La matanza

4. La leña y el monte

5. El corral. Animales domésticos

6. Leche y queso. Elaboración de quesos

7. Azúcar de remolacha y olor a pan

8. Niño soñador

9. En la Escuela. Enciclopedia Álvarez

10. A falta de tele contábamos historias

11. Fin de la infancia

12. Comienzo de la adolescencia

13. Autor

1. Mi madre y el campo

-*¡Pero cómo vamos a salir este año, viniendo tan malo!* –se lamentaba mi madre

- *Hubiera sido mejor no sembrar tanto y haberlo labrado mejor,* -decía, mientras mi padre callaba, ¿porque para qué le iba a llevar la contraria?

- *Ya sabéis que después de arar las tierras, tenéis que pasar o el binador o las rastrillas, para que no queden terrones,* -seguía diciendo.

… Y quitar las malas hierbas para que queden más planas. Y mi padre ladeaba la cabeza suspirando *"esta mujer… ¡siempre con lo mismo!"*.

Todas estas reflexiones habitan mi memoria. Mi madre nació sabiendo que sabía, por ello en sus afirmaciones no cabía la duda. Labradora hasta la médula, hija de labradores acostumbrados a amar la tierra que les daba de comer. Se forjó a sí misma, no se amedrentaba por nada y le daba el tiempo para trabajar los campos, cuidar a la familia, cavar los surcos con la azada y tocar la tierra con las manos. -*¡A mí me van a decir si la tierra es de primera especial, segunda o tercera!* –decía, moviendo sus brazos con las manos extendidas.

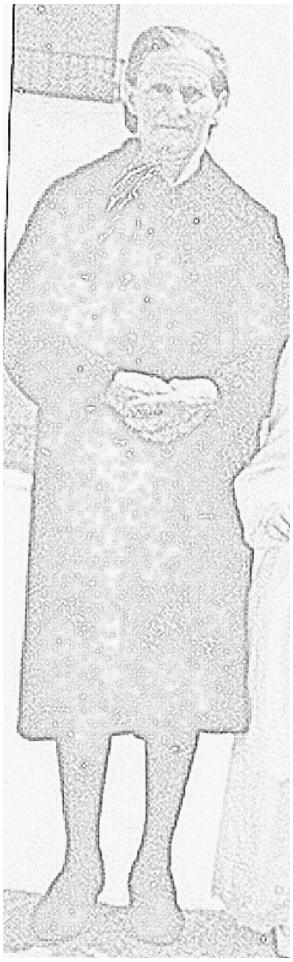
Apenas miraba el cielo, afirmaba si iba a llover o no; dato imprescindible para saber si era el momento adecuado para echar los abonos.

Se irritaba por los que llamaba *"ésos que no han pasado dificultades ni tienen experiencia"*. ¿Cómo iban a compararse con ella? –se preguntaba. ¡De ninguna de las maneras!

Ella desconfiaba de los ingenieros agrónomos, que eran los encargados de realizar la concentración parcelaria, derivada de la Ley de Reforma y Desarrollo Agrario. Hacía años que se hablaba de ella pero al pueblo no terminaba de llegar, hasta que llegó en 1965 y, desde ese momento, era de lo que más se hablaba en casa y también en el pueblo.

Decía: -*Habrá que andar con cuidado con las tierras de mis padres, que son de primera especial, sobre todo la del término de Carrapiña. No me fío ni un pelo de estos ingenieros; habrán estudiado mucho, no lo dudo, pero el otro día hablando con ellos me di cuenta de que no han pateado una tierra en su vida, eso sí tienen una palabrería que envuelven a cualquiera, ¡claro como ellos son una gente muy estudiada cualquiera les tose!* - decía mi madre sin inmutarse

Mi padre solía decirle que era muy trabajadora pero que cogía una azada y no veía nada más. Él mantenía que era mejor inversión la compra venta de ganado pues aparte de trabajar en el campo era tratante y se quejaba de que ella le cortaba las alas



2. Mirando el cielo. Rogativas a la virgen

Avanzaba el año y no llegaba la lluvia, tan necesaria. Los agricultores siempre han mirado el cielo, mi madre también e insistía *Tenéis que esperar hasta que el cielo está encapotado y vengan las nubes del oeste; cuando vienen del este, caerán cuatro gotas nada más y si habéis tirado el nitrato se quemará lo poco que ha salido.*

Y si continuaba la sequía, nos quedaba la fe en la en la Virgen de Capilludos, a ella le dedicábamos las rogativas para que nos concediera el favor de la lluvia.

Yo, como el resto de los vecinos del pueblo, conocía la leyenda de la Virgen, que se apareció a un serrano de Soria, y contaban que el serrano paró con su carreta de bueyes cerca de la ermita, para descansar, y desde allí vio la talla de la Virgen en un roble; le gustó tanto que la metió en el capillo -la capucha, para entendernos- del sayo, con intención de llevársela a Soria pero la Virgen volvió al roble. Atónito ante el hecho volvió a cogerla y volvió a meterla en el capillo y de nuevo volvía al roble. Finalmente el serrano entendió que la Virgen quería quedarse en Castrillo. Después construyeron la ermita.

Así que, teniendo presente la leyenda, nos encaminábamos desde la iglesia hasta la ermita, cantando y rezando. A mí me gustaba mucho el ambiente, al menos así lo recuerdo. Todo bastante solemne, yo, como los demás monaguillos, íbamos vestidos con los hábitos y portábamos un candelabro o una cruz. Venían prácticamente todas las mujeres del pueblo. Los hombres no participaban, no creían que el hecho de llover o no llover tuviera que ver con la Virgen y de todos modos, siempre había quehaceres. Para ellos el día comenzaba en la taberna, con la copita de orujo, en ayunas, saliera el sol por donde quisiera, que eso no era condición necesaria.

En la meseta el clima era extremo, los inviernos largos y fríos y los días interminables. El comentario más repetido por todos era *"¡Dios mío! ¿Pero es que no van a acabar nunca estos fríos?"*. Nuestra vida transcurría casi todo el tiempo en la cocina, en las noches más duras se colaban también los gatos, allí dormitaban al amor de la lumbre de la gran chimenea. Cuando el frío era más intenso y el viento azotaba con furia poníamos un brasero en el medio de la estancia. La cocina era muy grande así que en ella cabíamos todos de sobra.

Afortunadamente la infancia nos protege. Recuerdo aquella época bajo un paraguas que me resguardaba de las dificultades que se avecinaban por el hecho de que lloviera o no, de que mis padres tuvieran sus tierras aquí o allá del pueblo.

Guardo el recuerdo nítido de estar jugando con los demás críos del pueblo casi todo el día. También llenaban muchas horas la escuela y el maestro, que era un señor muy serio al que respetaba muchísimo. Me llamaba la atención que supiera todas las cosas de todas las lecciones; él solito se bastaba para todas las materias.

Con los chicos del barrio alto teníamos nuestras diferencias, que solucionábamos a pedradas y a palo limpio, pero al llegar a la escuela aparcábamos los conflictos y nos uníamos todos. Cuando el maestro nos preguntaba algo que no sabíamos sentíamos el mismo miedo, los reglazos en los nudillos, las collejas y otros castigos eran igual para los del barrio alto como para los del barrio bajo.

3. La matanza

Una buena disculpa para librarnos de la escuela durante unos días era la matanza. Oía *"la semana que viene mataremos el cerdo negro, ya tiene que pesar los ciento cuarenta kilos"*, y yo lo traducía por cualquiera de los cantos celestiales, pues me sonaba igual de bien. "*Ya está cebado y listo para la matanza*", y era el preámbulo de unos días de gran fiesta. Yo tenía el encargo de avisar a mis primos, para reunirnos ese día y celebrarlo por todo lo alto.

Mi tío Victoriano era el encargado de matar al cerdo. Observaba cómo intentaba defenderse con toda la fuerza de sus ciento cuarenta kilos. Aunque no tuviera ninguna oportunidad de escapar, al menos lo intentaba.

Como moría desangrado, lo primero que se hacía es recoger la sangre, había que removerla con una cuchara de madera para que no se cuajara. Después se le tiraba del tajo al suelo del corral. Allí se le cubría con una especie de matojos que se cogían en el campo a finales del otoño, cuando ya la paja estaba seca, y se guardaban para ocasiones como esta; con ello se prendía fuego para quemarle todo el pelo que tenía; después se limpiaba a fondo para dejar la piel totalmente lisa.

Los niños aprovechábamos la hoguera para saltar y lo hacíamos en fila; cualquier momento era bueno competir y medir fuerzas.

Después de destazado**,** mi madre ponía en un plato raciones de tocino magro, un trozo de asadura, otro de carne y castañas cocidas. Esto era para repartir entre personas necesitadas del pueblo; mi hermano Alejandro y yo hacíamos el reparto, íbamos a regañadientes, yo protestaba mucho más que él y es que ser el menor da mucha cancha.

Para las mujeres era un día agotador; todas las tareas tenían un tiempo y un orden. Empezaban con los chicharrones, después las morcillas con la sangre, arroz y cebolla. También lavaban las tripas para preparar los chorizos y salchichones. Esta labor era especialmente ingrata pues el olor era muy fuerte y el agua estaba helada. Hasta que llegó el agua corriente a las casas tenían que ir al río, en mi pueblo iban al Arroyo Jaramiel.

Al día siguiente preparaban la carne para hacer el picadillo. Tras aliñarlo con sal, ajos, perejil, pimentón y cominos, lo amasaban con ganas, mucha energía y todo el cariño. Esta elaboración artesanal era perfecta a juzgar por la calidad de los chorizos que estaban, sencillamente de muerte.

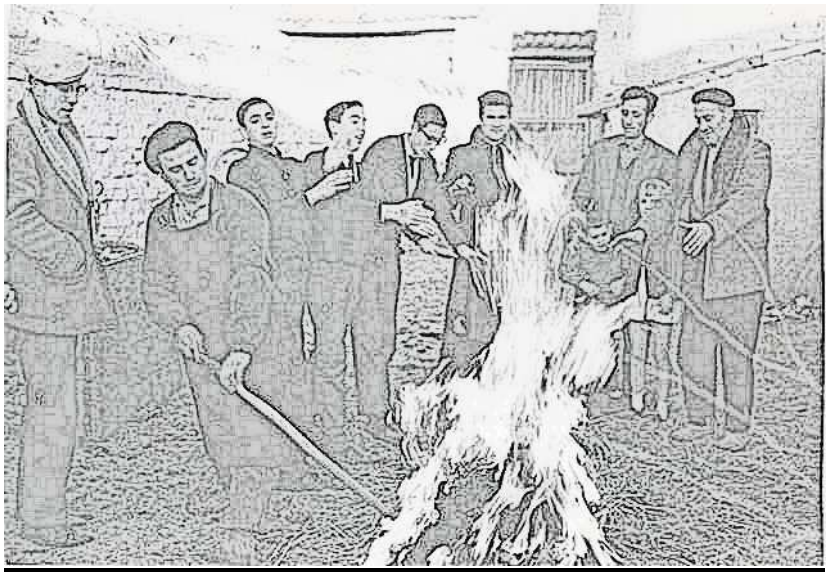
Los perniles de los cuartos traseros los preparaban en adobo y después los subíamos al desván, pues era el sitio más frío de la casa y, por lo tanto, el más adecuado para su curación y conserva.

El tocino más grueso, se utilizaba para hacer jabón, con sosa caustica.

La careta, las patas, el rabo y las orejas, se llevaban a la bodega y allí se asaban. Se acompañaban con el vino tempranero, que entraba de maravilla. La prueba es que siempre se terminábamos cantando la Paloma Blanca y no faltaba quien saliera a bailar.

Mi padre decía que yo cantaba muy bien, no necesitaba animarme porque yo era muy atrevido y cantaba al son que me tocaran, me daba igual. Él estaba muy orgulloso de este talento mío, debía de ser para consolarse de mis notas que eran ramplonas. El caso es que yo no perdía ocasión de alimentar ese orgullo de mi padre

Una vez pasado el trabajo quedaba la certeza de que con los productos de la matanza teníamos comida para una larga temporada.

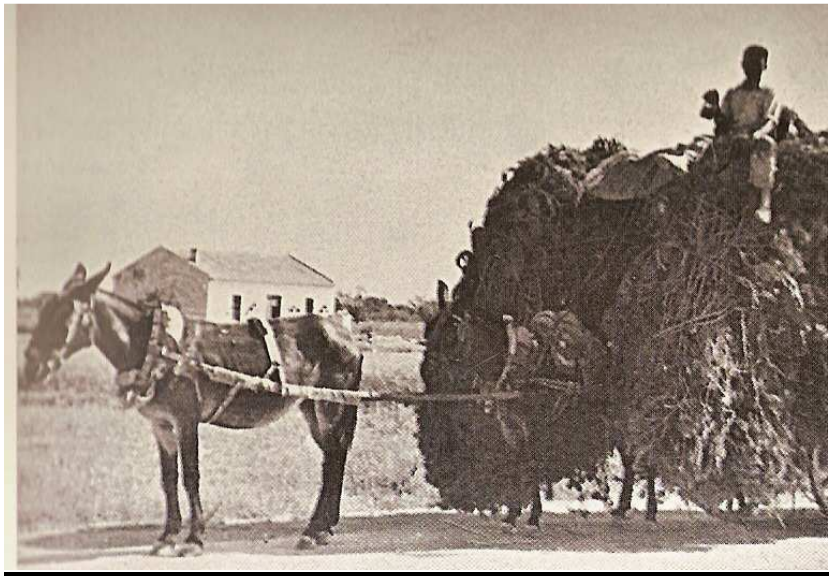


4. La leña y el monte

Para enfrentar el invierno necesitábamos mucha leña que sacábamos del monte, lugar que yo encontraba lleno de misterios. Supongo que era mi carácter imaginativo, el caso es que a mí se me antojaba que allí moraban los elfos y de hadas, y me los imaginaba gobernando aquellos parajes enigmáticos. En cualquier momento podía salir de algún matorral o cualquier rama de encinas o robles un ser fantasmagórico.

Mi padre lo compraba en parcelas, de los montes de Jaramiel. Le ayudaba Vicente, el mayor de los tres varones. En cuanto les oía hablar empezaba a darle la paliza a mi hermano que, además, era mi héroe y le seguía como un perrillo, para que me dejara ir con ellos, así podía subirme al carro, que me gustaba mucho. Al regreso tenía que colarme en cualquier huequecillo entre los troncos y me dejaba envolver por el aroma de la madera.

Después había que talarlo. ¡Vaya trabajo! Menos mal que yo me podía escaquear, es una de las muchas ventajas de ser el más pequeño. Mi padre llamaba a Eutimio, un obrero y Vicente era el encargado de orquestar el trabajo. Ahora diría que sí, y que yo era el encargado de tocar la trompeta. Es lo que tienen los roles, ser el mayor o ser el menor de los hermanos. Yo, para ejercer el mío, si tenía que cantar cantaba y si tenía que tocar la trompeta pues lo tenía más difícil pero algo tocaría.



5. El corral. Animales domésticos

Cuando ya estaba toda la leña preparada se hacía una barda grande con ella, que ya sí que duraba para toda la temporada, y al mismo tiempo embargaba toda la estancia de un aroma a madera que parecía que el bosque estaba en casa. No sé si le pasará a toda la gente pero a mí el olor a madera, incluso el de los animales, siempre me transporta a la infancia. Será que tienen esa función evocadora, que la primera vez se graban a fuego en las células y duran para siempre.

También el corral era un buen sitio para jugar. Allí nos juntábamos niños de varios tamaños, gritando y revoloteando. No entiendo como mis pobres padres podían aguantar aquella marabunta de chiquillería, campando a sus anchas sin dejar títere con cabeza.

Los corrales eran un poco como el Arca de Noé, bueno, no había una especie de cada animal pero tampoco esperábamos un diluvio universal. Como la economía doméstica era de subsistencia, además de cerdos, contábamos con pollos, gallinas y conejos. Para el trabajo teníamos animales de tiro, machos y una yegua. Ésta cada año paría un animal, una cría cada año. Nunca olvidaré cuando parió una potrilla; era la primera vez que veía un parto y me quedé fascinado; eso sí que era un milagro, del cuerpo del animal salía esa preciosidad de animalito y estaba vivo y quería ponerse de pie y mirar a su alrededor a ver qué pasaba. ¡Cómo me encariñé con ella! Yo era el encargado de cepillarla todos los días; la recuerdo ahora, siempre vigilante. Hasta ese momento fue el mayor regalo que recibí de la vida.

También teníamos ovejas con sus corderillos, que despertaban tanta ternura. Tenían un atractivo irresistible. Una de las imágenes más bucólicas era ver llegar al

pastor por las tardes, a la puesta del sol. En enero empezaban a parir las ovejas, la mayoría en el campo, así que el pastor tenía que cargar con los corderillos recién nacidos hasta los apriscos. Nunca nos cansábamos de verlos. A veces tenían mellizos, en estos casos se dejaba a la oveja en la casa unos días con la intención de darla un alimento extra para que pudieran criar a los dos sin problemas, unos veinte días y después… ¡pues se sacrificaba uno de ellos! Daba mucha pena pero así es la vida. Tengo que reconocer que se me pasaba la pena cuando me metía un bocado de lechacito asado, incluso ya con el olor que desprendía asándose en nuestra cocina económica… ¡para qué más palabras!.

El drama era cuando vendían los corderillos. Para mí los tratantes eran los hombres del saco, que en vez de llevarse niños se llevaban los corderillos. Habíamos jugado con ellos durante tres o cuatro meses, así que cuando había que venderlos era horroroso. No podía soportarlo, así que me juntaba con mis amigos para pasar a la acción con palos y pedradas, les atizábamos lo que podíamos pero lo que está claro es que finalmente el que cobraba era yo.

6. Leche y queso. Elaboración de quesos

El cuajo, sacado del estómago del animal, se utilizaba para espesar la leche y hacer queso. En mi casa los hacían mi madre y mi hermana, les salían riquísimos, tanto los de oveja como los mezclados con leche de cabra, que eran más suaves.

La elaboración se llevaba a cabo en una habitación de la segunda planta de la casa; la llamábamos, por supuesto, *el cuarto del queso*. Allí había quesos y más quesos, para todo el año. También vendían alguno, sacar un dinero extra no nos venía nada mal.

Recuerdo el gran tamaño de los herradones de zinc que traía el pastor, pero mucho más la nata que salía de aquella leche y que mi madre extendía sobre una rebanada de pan, después espolvoreaba un poco de azúcar. Ya verlo preparar nos hacía relamernos de gusto y ahora que lo recuerdo, y que ya no lo cómo, hace que se revolucionen todos los juguillos de mi estómago, y es que sabía a glorias.

La leche sobrante la vendían al señor Ignacio, de Esguevillas, que venía con la camioneta. También en casa recogíamos la leche de los demás ganaderos del pueblo, poniéndolo en garrafas de zinc muy grandes.

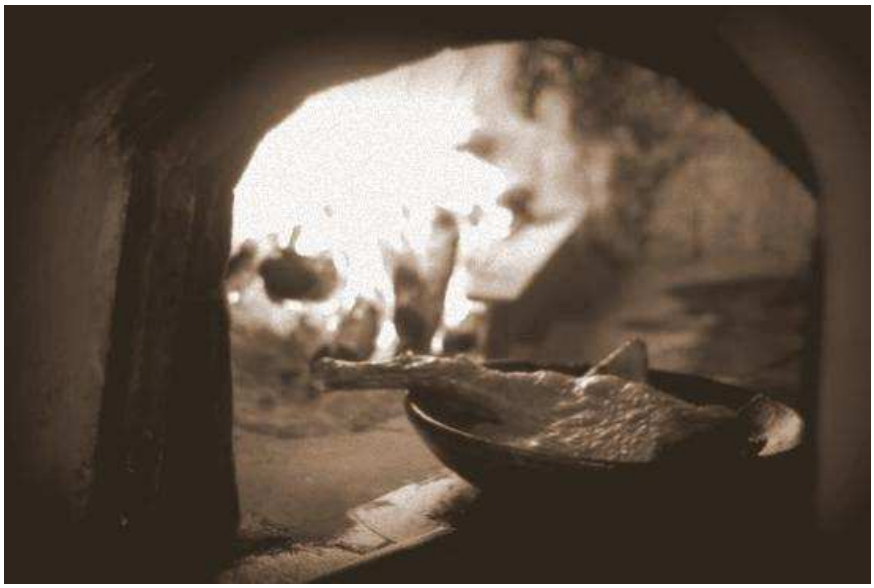
7. Azúcar de remolacha y olor a pan

Entre los cultivos que se daban en mi pueblo, aparte de cereal y viñedos era, sobre todo la remolacha. Se sembraba entre febrero y marzo y se recogía en octubre. Mi padre, como todos los del pueblo, llevaba su producción a la cooperativa y, aparte del dinero que cobrara en efectivo también, nos pagaban en especie con sacos de azúcar. Teníamos para todo el año.

En el pueblo había un horno, propiedad de la señora Florencia, pero era comunitario. Me explico: cada 20 días, aproximadamente, acudía un vecino de cada casa para hacer el pan, no sólo el de su familia si no el de todo el pueblo; de esta manera todos comíamos pan recién sacado del horno, que es uno de los placeres que, por mucho que se hable, nunca es suficiente, ¿y qué decir del aroma que desprende? ¡Inenarrable!.

En el mismo horno también se asaban los cuartos de lechazo, otro placer típico del buen yantar de la zona, que parece que está de moda ahora pero yo lo recuerdo de siempre.

Cuando nos tocaba el turno de trabajar en el horno, la encargada era mi hermana. Para mí el problema es que había que levantarse muy pronto, más bien de noche, y digo que para mí, porque Esperanza, mi hermana, tenía miedo de ir sola a esas horas de la madrugada y yo tenía que acompañarla. Yo rezongaba todo lo que podía pero no me hacían ningún caso. Cuando nos tocaba en verano era mucho mejor, sobre todo porque era muy agradable sentir la brisa fresca.



8. Niño soñador

Yo era muy propenso a las ensoñaciones, lo que me ocupaba gran parte del tiempo que pasaba despierto. Pienso ahora que mi carácter soñador no era compatible con el hecho de estudiar, como se entendía entonces, que consistía en repetir como un papagayo reyes o ríos que nos importaban un bledo, mientras se llenaban de polvo, a fuerza de no usarlos, los espacios para la observación, sin saber que ésa sí que era un arma poderosa para el aprendizaje, pero de eso hace muchos años; quedaba mucho por descubrir.

A mi corta edad ya empecé, como todos los niños, a llenar una mochila y cargarla a mi espalda; para ello, mi madre aportaba un vaticinio: *"si no estudias no llegarás a nada, no serás ni galgo ni conejero"*, ya que sólo me gustaba jugar. Para compensar la profecía y seguir llenando el zurrón, mi padre replicaba: *"¡deja al chico, tiempo tendrá de aprender cosas!"*. Él estaba tranquilo porque sabía que con tres hijos varones estaba resuelta su labranza, como además tenía una hija, se sentía mucho más que afortunado. Yo aprovechaba su tranquilidad para discurrir si era mejor ser galgo o por el contrario ser conejero.

GALGO PERRO CONEJERO

De cualquier modo, menos estudioso y más soñador, atendía las explicaciones del maestro y tenía muy buena memoria. ¿De qué tenía que preocuparme?

Para hacer los deberes contaba con la ayuda de mi hermana que, además, lo hacía encantada, siguiendo su vocación de maestra que, desgraciadamente, no pudo llevar a cabo. Aquellos tiempos, como tantos otros, no fueron ni justos ni buenos para las mujeres.

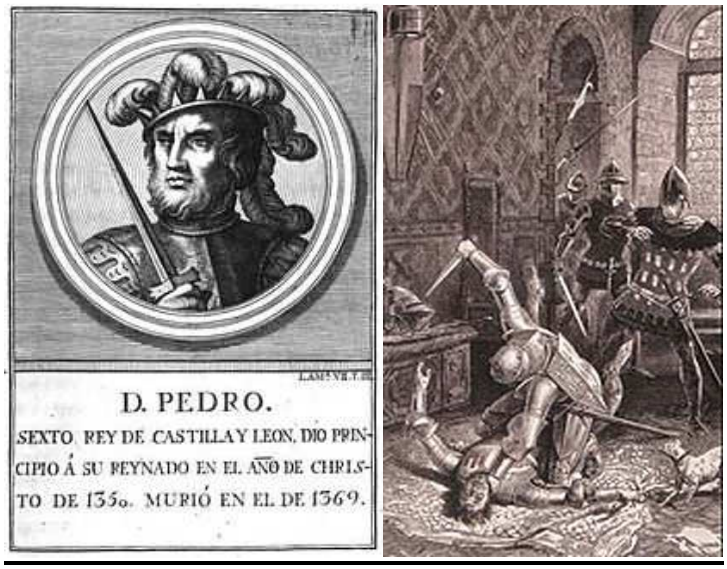
Su misión, como la de todas ellas, era el matrimonio. Mi hermana lideraba el grupo de mujeres, Angelina, Blanquita, Elvirita y otras tantas de muy buen ver y muy prometedoras; que se reunían para bordar sus ajuares de novias. Las tardes se llenaban de risas, entre bastidores y agujas, derivadas de la animada cháchara de puntadas con hilos.

También me sorprendían los velos que bordaban para ir a misa. Yo contemplaba aquellas prendas tan bellas, atónito ante sus habilidades, -¿Cómo podía salir todo aquellos de sus dedos?

Entre puntada y puntada mi hermana debía cuidarme y entretenerme y lo hacía de la mejor manera que sabía: poniéndome a leer la historia de D. Pedro I el Cruel, de la Dinastía de Trastámara, aprovechando que eran castellanos. También el Quijote, aprendiéndome pasajes de memoria y sobre todo poesía

Afortunadamente no distinguía de colores ni ideologías, por ello aprendí tanto los poemas de Quevedo como los de Pemán. Me fascinaban Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, aunque no entendía muy bien lo que les pasaba.

Comprendía muy bien las fábulas de Iriarte, me divertían los Hermanos Quintero y ponía toda mi atención en las rimas de los romances de Zorrilla. Después las recitaba en voz alta, así aprovechaba para lucirme y sacar brillo a mi ego. Mi hermana presumía de su labor conmigo. Los dos salíamos ganando.

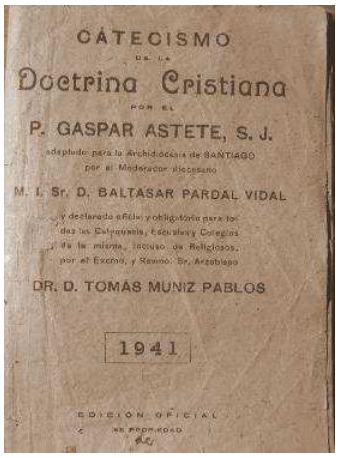


9. Estudios. Enciclopedia Álvarez

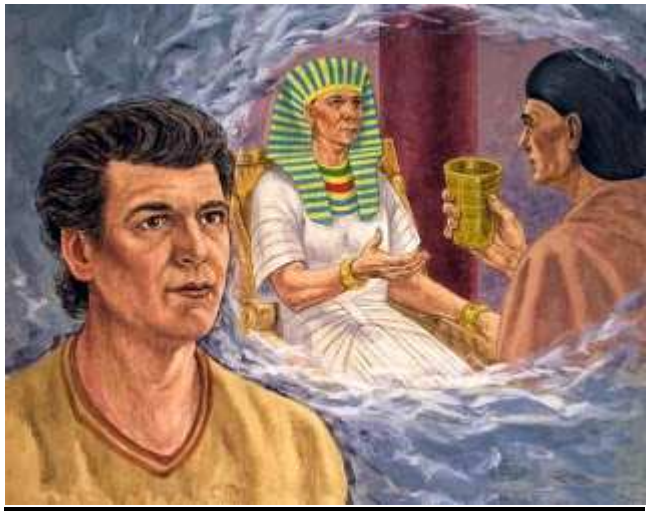
Para quien no lo sepa, la Enciclopedia Álvarez, fue obra del profesor Antonio Álvarez Pérez, que ejerció su profesión en Zamora. Con ella estudié primer, segundo y tercer grado, al igual que otros ocho millones de niños durante los años 1954 y 1966.

El ejemplar con el que estudiaba, por supuesto, era la herencia de mis hermanos. Algunas hojas estaban rotas, mi hermana me las cosía y listo. Recuerdo la portada con los colores muy vivos. Sin embargo no recuerdo de colorines, sino más bien en blanco y negro, al sacerdote D. Octavio, hombre riguroso y muy rígido.

Le temíamos como al fuego. Todos los días debíamos rezar el Rosario. También era obligatoria la Catequesis y aprender de memoria el Catecismo del Padre Astete. D. Octavio podía habernos enseñado la Historia de la Iglesia; habríamos ganado él y todos nosotros y así le recordaría ahora con más cariño.



A través de las lecturas que me mandaba mi hermana descubrí las Doce Tribus de Israel, eso sí que era fantástico; yo me identifiqué con José, el menor de los doce hijos de Jacob, que era el predilecto de su padre, cosa que no le perdonaron los hermanos, claro, así lo entendía yo, que a los hermanos les corroía tanto la envidia que le vendieron como esclavo a unos mercaderes y a su padre le hicieron creer que había muerto. Como si esto fuera poco, los mercaderes, a su vez, le vendieron a Putifar como criado y la mujer le acusó de violación y le encarcelaron. En este punto sufría con él, me sentía a su lado cuando le apresaron; recuerdo que me dormía muy preocupado pensando cómo se resolvería aquel hecho. Después leí que estando José en la cárcel conoció allí al Copero del Faraón y éste descubrió el don de interpretar los sueños de José. Tras muchas vicisitudes y muchos años fue el hombre de confianza del Faraón, y como la vida es larga también volvió a encontrarse con sus hermanos y les dio una lección. Afortunadamente todo acabó bien. ¡Qué alivio!



10. A falta de tele contábamos historias

En otro lugar de mi memoria guardo las historias que escuchaba en casa por las noches. Nos reuníamos con unos vecinos, recuerdo sobre todo a mi tía Maricruz, no tenía hijos y su marido estaba en otros pueblos de pesador de remolachas, así que le tocaba estar sola todo el invierno.

La atmósfera que se respiraba estaba en consonancia con el tono empleado para relatarla; eso ya nos mantenía a todos expectantes, conteniendo la respiración y paralizados por el miedo. Una de mis historias preferidas la contaba mi padre. Resulta que una vez el señor Marceliano vendió unas ovejas y el dinero se lo dio a su mujer. El tal Marceliano no se percató de que unos bandidos le siguieron hasta su casa y esperaron a que se fuera; entonces los ladrones entraron en su casa y le robaron todo el dinero. Para que su mujer no lo denunciara pensaron matarla pero les debió dar miedo y prefirieron colgarla por las piernas, esto lo hicieron aprovechando la viga del portal. Así la encontraron, colgada boca abajo. ¡Qué espanto!, después se fueron sigilosos, con sus caballos, entre las sombras de la noche, para no ser vistos por nadie.

Otra noche, en medio de uno de estos relatos de terror, oímos unos golpes, eran fuertes y se repetían; venían del desván; entonces el miedo llegaba a su máxima tensión. Mis primas rezaban porque decían quizá fueran las almas de los difuntos que reclamaban misas en su honor. Mi hermano Vicente, que era muy decidido y nada miedoso, cogió una vela, ya que arriba no había luz y un palo, y así armado y resuelto, subió al desván. Yo le veía como un verdadero héroe; no sé si él tenía miedo o no, el caso es que nos venía muy bien que se hiciera el brabucón. Íbamos detrás de él los demás, cogidos fuertemente de la mano y tiritando de pavor. Yo pensaba que aquello sería el fin de nuestros días, me consolaba ver que estábamos todos juntos y si nos pasaba algo, nos pasaría a todos. ¿Y qué pasó? pues pasó que mi hermano abrió la puerta del desván, despacito, y todos esperamos a que la luz de la vela nos llevara al lugar de los hechos, el corazón iba a salir de sus cavidades cuando mi hermano descubrió el misterio. Era el gato grande que teníamos, el pobre había metido la cabeza

en un puchero de barro que tenía manteca y allí dentro se había quedado atrapado. Eran tales los cabezazos que daba para salir del puchero que los golpes del barro en la madera del suelo parecían de ultratumba.

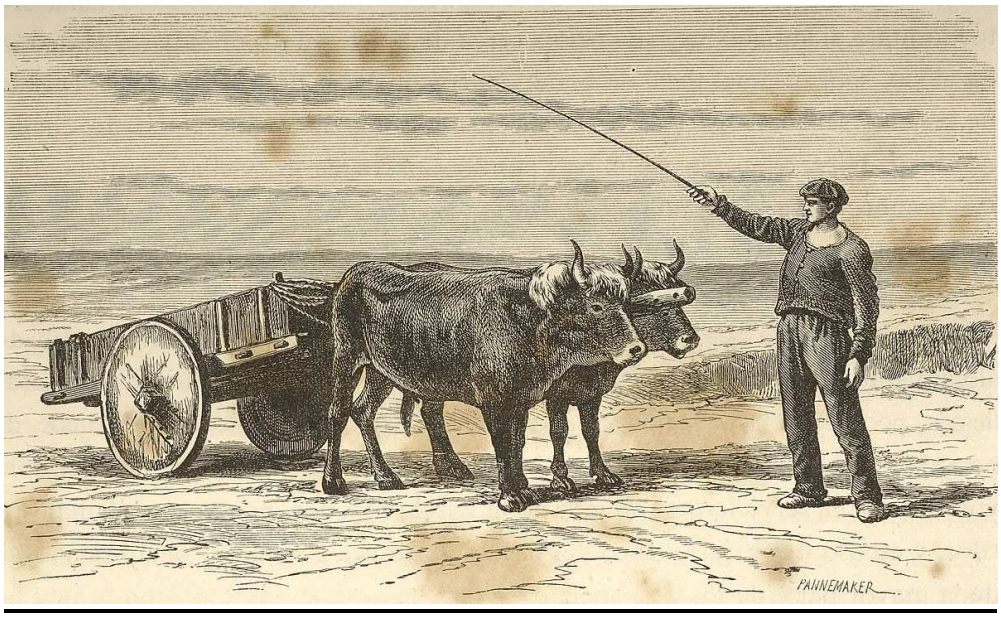
Vaya somanta de palos que le dio al pobre animal, de no estar nosotros allí, creo que le hubiera dejado en las teas; pero por último rompió el puchero y el gato quedó libre, huyendo como alma que lleva el diablo.

Como de un extremo se pasa a otro con facilidad, del miedo intenso pasamos a tirarnos por el suelo de la risa, sin poderla controlar.

11 Fin de la infancia

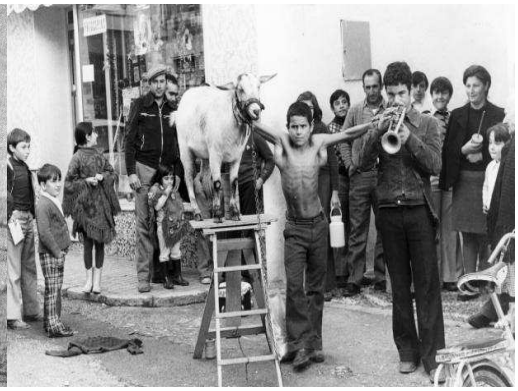
Y así pasaban los primeros años de mi vida, yo vivía como en una nube, completamente feliz. ¿Tenía juguetes?, ¿qué me importaba?, yo mismo hacía carros con las cajas de zapatos, con los cartones también recortaba mulas, caballos y bueyes.

Me gustaban los bueyes que venían, con los serranos, desde Soria, con las carretas cargadas de troncos que vendían en los pueblos por donde iban pasando. Después, como en un remanso de paz, resguardados detrás del juego de pelota, dormitaban los serranos y los bueyes. Me llamaba mucho la atención, la paz que desprendían estos animales, yo les hubiera asignado como símbolo de la paz. Casi toda la noche estaban rumiando y regurgitando la comida. Antes de que llegaran ya sabíamos que venían por el intenso olor a pino que el aire se encargaba de transmitir.



12.- Comienzo de la adolescencia

Sin abandonar totalmente la infancia empezó a despuntar mi carácter rebelde. Un día les dije a mis padres que había pensado irme de casa. Creo que, como diríamos ahora, les pillé "fuera de cobertura" y no hicieron caso de esta decisión mía de *abandono del hogar*, pero yo lo había pensado muy bien. Llegó la noche, abrí la puerta y me fui con los gitanos que eran muy amigos de mi padre, con la Moña y demás familia que vivían en Villavaquerín. De vez en cuando venían al pueblo, para hacer tratos con el ganado. Yo les observaba y me encantaba esa vida de nómadas que llevaban, un día aquí y otro allá. El caso es que cuando mi padre descubrió que la cosa iba en serio, salió detrás de mí corriendo, arreándome una patada en el culo, que todavía recuerdo. Al día siguiente todo volvió a su cauce. Mi padre les contó a los gitanos que quería irme con ellos y le dijeron que tenía que haberme dejado. ¿Y si lo hubiera hecho? Eso ya es otro capítulo para divagar y seguir buceando en la memoria, para seguir rescatando recuerdos del niño que fui.



CONTINUARÁ…..

AUTOR

Salvador Sancho del Val nació en Castrillo Tejeriego en 1947 y allí vivió hasta los 18 años, edad en la que salió del pueblo.

Aunque empezó tarde, consiguió estudiar y titularse de ATS, hoy llamada Enfermería, y también de Fisioterapia y Podología, profesiones que ejerció durante casi cuarenta años, hasta que le llegó la edad de la jubilación.

Pero su interés no se centró sólo en lo académico, en lo oficial, también alcanzó a estudiar otros conocimientos alternativos en los campos de la salud y la nutrición, siempre atento a todas las novedades, lo que le ha permitido dar varias charlas, algunas de ellas este mismo año.

Después de vivir y trabajar en varias ciudades, Burgos, Zaragoza, Madrid, Barcelona, Tenerife, Valladolid, y de nuevo Barcelona, con su jubilación en 2012 regresó a vivir entre Castrillo y Valladolid.

Siempre tuvo una vena literaria y artística que le hace capaz de transformar la realidad y, sin tergiversarla, darle un aire casi mágico en sus escritos.

En los presentes Relatos ese efecto de su estilo personal se ve reforzado por el paso del tiempo y por el cambio de vida experimentado en el campo y en los pueblos en estos últimos 50 años.

Nada es ya como era y sus relatos nos hacen vivir, o revivir para los que en su momento lo vivieron, como era Castrillo entre 1950 y 1965, o mejor nos hacen aproximarnos y sentir un tiempo que ya pasó y que nunca volverá, como en otros tantos pueblos de Castilla.